

A mi hermano Chema

La carta que no llegó a escribirte

Miguel Postigo

C^e
COBEL EDICIONES

ÍNDICE

1.Génesis	11
2.Chema	21
3.La Carta que no llegué a escribirte	141
4.Un ángel	179
5.Asombro.....	187
6.Epílogo	195

1. GÉNESIS

Soy el octavo hijo de una familia de catorce hermanos, todos del mismo padre y de la misma madre. Mis padres –Julita y Pablo– eran valientes y generosos. “*Y un poco locos*”, pensará más de uno. Sí, un punto de locura sí que tenían; pero era la locura propia de los enamorados, no la de los irresponsables. Cada hijo fue un motivo de gran alegría.

Mi madre cuenta con gracia que en muchas ocasiones se le acercaron amigas o conocidas queriéndole explicar que había métodos para evitar los embarazos... Mi madre a todas les decía: “¿Te crees que me chupo el dedo?” o algo similar. Mis padres quisieron formar una familia numerosa, y lo consiguieron.

Los catorce hermanos (José Félix, María Victoria, Sara, Margarita, Belén, Pablo, Josemaría “Chema”, Miguel, Mercedes, Nacho, Ana, María, Esther y Jaime), tenemos cierto parecido físico –eso nos dicen–; sin embargo, somos muy distintos en la forma de pensar e interpretar la vida. El resultado es un arcoíris precioso: nos queremos, nos ayudamos, compartimos penas y alegrías, nos juntamos con frecuencia a lo largo del año y, en esas ocasiones, nos lo pasamos en grande.

Uno de estos encuentros ha sido hace unos días, con motivo del 90 cumpleaños de mi madre. Entre hermanos, maridos o mujeres, hijos (nietos de mi madre) y bisnietos sumábamos más de setenta personas.

Pero los protagonistas de este libro no son mis padres ni mis hermanos. Quiero hablar de Chema, el séptimo de los hijos; justo el anterior a mí. Murió en marzo de este año –2017– con 56 años de edad.

Mi hermano no era un superhombre en términos de proezas, grandes obras o cualidades superlativas. Era un hombre muy de a pie. Me recuerda a algunos de los personajes –reales, pues es un libro histórico, de investigación– de *En tierra inhumana*, de Józef Czapski: “Tuve que trabajar para él, o muy cerca de él, en Tock, para comprender qué era para él el catolicismo: ante todo, un inextinguible amor hacia el prójimo. Aquel jefe de pelotón de rostro enjuto y cansino, con grandes ojeras, un corazón enfermizo y un uniforme increíblemente arrugado, realizaba los trabajos más ingratos, recorría sin tregua el centro de agrupamiento, conducía hasta nuestra barraca a los más débiles, a los congelados y piojosos, les buscaba ropa y, a pesar de su gran bondad e incluso delicadeza, se mostraba obstinado e inflexible, removía cielo y tierra para aliviar el sufrimiento humano. Y cuando ya rayaba el alba desaparecía de la barraca y recorría cuatro kilómetros para oír misa en una capilla improvisada de donde regresaba al trabajo con nuevas reservas de energía y dulzura”. En otro pasaje y de otro personaje, el autor escribe: “Callado, deseoso de ayudar a todo el mundo, sumamente agradecido por cualquier nimiedad y a menudo sumido en la oración, nos cautivó a todos. He encontrado en mi vida a poca gente que derramara tanta luz interior y bondad innata como él. Ni le pasó por la cabeza dar lecciones morales o reeducarnos. Pero su mera presencia hacía que

todos fuéramos ‘más buenos’”. Parecen palabras escritas pensando en mi hermano: le van como anillo al dedo.

Chema era una persona fundamentalmente buena, de corazón grande, que con su lucha diaria lo acabó agrandando tanto que ya no le cabía dentro, pero que le permitía querer –uno a uno– a todo aquel que por cualquier circunstancia se le acercaba. Nadie que charlaba con él unos minutos quedaba indiferente; notaba que estaba o había estado con una persona que de verdad se había preocupado por él o ella.

Era también una persona trabajadora. Por circunstancias que luego contaré tuvo que empezar muy joven a ganarse la vida y en ese campo mostró unas habilidades especiales. Y además de trabajador era luchador, no dando nada por perdido. Ponía todos los medios a su alcance –además de los sobrenaturales– para sacar adelante el proyecto o gestión que tuviera entre manos.

Admiraba a su padre, Pablo. Como buen observador que era, no le pasó inadvertida la quiebra del negocio familiar y la lucha –verdaderamente llamativa la calma y la paz que mantuvo mi padre en las circunstancias tremendas que vivió– que desplegó para que su mujer e hijos tuvieran una vida digna. Chema bebió de esa experiencia y la hizo suya, como luego se verá, a lo largo de su vida.

Una persona buena, atenta a las necesidades de los demás, trabajadora, inteligente –con buena cabeza–, luchador, constante... pero sobre todo era un tipo muy alegre, con gran sentido del humor. Por eso se estaba tan a gusto a su lado.

Quiero destacar esta virtud –la alegría de Chema– de forma especial, porque a lo largo de este escrito aparecerán los momentos duros de su vida y puede dar la impresión de que su existencia fue un mar de lágrimas y él una persona a merced de los acontecimientos. Y no fue así: él era muy

vital y muy alegre; pero la vida le dio duro en muchos momentos. Cosas de Dios, no cabe duda. Siempre respondió con un sí; el golpe le dolía. Como quien encaja un puñetazo en el estómago, el gesto es de gran dolor, pero se rehacía poco a poco y acababa por recuperar sus ganas de hacer el bien, empezando por su sonrisa.

En la vida de Chema hay dos periodos: antes y después de su boda. No se puede describir con adjetivos la familia que formó con Rosa, su mujer. Tuvieron 18 hijos: Carmina, Javier, Montse, Pedro, Juan Pablo – conocido como *Juampi*–, Cuqui, Magui, Teresa, Rosa, Gabi, Ani, Álvaro, Pepe, Pepa, Pablo, Tomi, Lolita y Rafael. Los tres primeros fallecieron en distintos momentos de la vida del matrimonio.

Hace unos años tuve que viajar a Lima por motivos de trabajo; ahí conocí a un sacerdote muy especial, D. Antonio Ducay. En una de sus meditaciones nos contó un símil: la vida de cada uno es como un baúl abierto; grande o pequeño, cuadrado o rectangular... es cosa de Dios: son las virtudes y los medios que nos da. Mi misión en la tierra es llenar ese baúl de monedas de plata y oro; y lo consigo con buenas obras, con un trabajo bien hecho, con gestos de amor y amabilidad, con mi vida de piedad... También puedo llenarlo de hojarasca, de cosas inútiles que no tienen valor alguno; así ocurre si llevo una vida insulsa, si pierdo el tiempo, si no saco brillo a los talentos que Dios me ha dado. Pero también puedo llenarlo de auténtica basura y miseria cuando tiro por la borda todas las oportunidades que se me presentan, cuando hago el mal, cuando entierro mis talentos. Puedo limpiar el baúl de esa hojarasca y basura acudiendo al sacramento del perdón y con penitencia. Dios se encarga de limpiarlo y dejar solo las monedas. Habrá un día en el que el baúl se cierre; y una vez que lo hace no se vuelve abrir: es el día de mi muerte, de rendir cuentas de los

talentos y dones que he recibido. Y mi eternidad dependerá de cómo esté de lleno el baúl de monedas, pues Dios nos dio el tamaño justo y preciso para que al final de nuestros días estuviera repletito de buenas obras. Pienso que el baúl de Chema era muy grande, muy grande (quizá hasta tuviera más de un baúl). Y no tengo duda de que lo llenó más allá del borde: rebosaba. Todas esas monedas que, con la gracia de Dios, Chema consiguió en vida, nuestro Señor las ha multiplicado por no sé cuánto, pero seguro que un número muy elevado, pues Dios es el mejor pagador, y las ha dejado a su merced para que ahora, desde el Cielo, pueda seguir ayudando con más eficacia a todos los que tanto ha querido y a todos aquellos que acudan a su intercesión.

Desde hace ya unos cuantos años –quizás diez– tenemos la costumbre familiar –mi mujer e hijos– de celebrar el cumpleaños del segundo de ellos –Álvaro– con una buena excursión por la sierra de Madrid. Una ruta de senderismo que acaba con una comida en algún restaurante de la zona. Cuando las circunstancias lo permiten, salimos la tarde anterior y hacemos noche. Es un plan con el que disfrutamos todos.

El 17 de febrero, viernes, estábamos en La Granja de San Ildefonso cumpliendo con esta tradición. Antes de cenar salimos a dar un paseo para disfrutar del frescor de la noche y del entorno. Mi madre me llamó al móvil; estaba muy nerviosa. “Acaban de ingresar a Chema; no me gusta nada esta situación; desde hace tiempo llevo diciendo que...” Lógicamente intenté tranquilizarla. Casualmente en tres días –el lunes y martes siguientes– iba a viajar a Barcelona junto con mi hermano Jaime por un tema de trabajo.

Tras las gestiones previstas en Barcelona, a media tarde, fuimos a ver a Chema. Estaba ingresado en el hospital Sagrado Corazón. No le veíamos desde el 1 de enero; estaba cansado; agotado de lo que habían sido los últimos cincuenta días. Al poco rato llegó Rosa, la mujer de Chema, y algo más tarde su gran amigo Baldo junto con su mujer. Tuvimos un rato de agradable charla aun a pesar del estado de Chema. Los médicos no daban con la causa del malestar. Inicialmente pensaron que se trataba de alguna complicación por la operación que había tenido a finales del año anterior de la espalda (le pusieron dos prótesis cervicales). Posteriormente pensaron que podría tratarse de algún tipo de contagio o infección a resultas del viaje que hizo a Costa de Marfil a finales de noviembre, para hablar y dar formación, como siempre, sobre la familia.

Esa noche mi hermano Jaime me comentaba que no le gustaba nada la pinta que tenía la enfermedad. Yo, sin embargo, estaba confiado: “basta que den con la causa para que le apliquen el tratamiento adecuado y en unas semanas volverá a casa”. Ya se ve que yo estaba muy equivocado.

Volví al hospital a primera hora del día siguiente, junto con Rosa. Estuve algo más de una hora hablando con Chema, muy pegado al cabecero de su cama para que no tuviera que levantar la voz, pues estaba agotado. Hablamos de todo: de nuestra madre, del trabajo, de sus hijos, especialmente de Lolita pues iban a operarla en breve, de su recuperación... Salió también el tema del aborto; me habló con verdadero dolor y pesar de esos niños que son masacrados y de esas madres que se resisten a serlo. Esta fue la última conversación que tuve con él.

El jueves nos dicen que ya han dado con la causa de todo su malestar: un tumor en el hígado. Le trasladan al hospital Quirón, en la Plaça d’Alfonso Comín.

Nos quedamos paralizados, pero teníamos claro –al menos yo– que Josemaría se recuperaría. No cabía en cabeza humana que el plan de Dios fuera llevárselo dejando a Rosa viuda y a los quince hijos huérfanos. Era inconcebible. Pero sí estaba claro que había que rezar con fuerza y con fe. No puedo valorar cuantos miles de familias, de personas, de España y de todo el mundo, empezaron a pedir con fuerza a Dios por la curación total y definitiva de Chema. Fue una avalancha, un clamor en forma de rugido.

Los hermanos y cuñados abrimos un chat de grupo en *Whatsapp* que bautizamos con el nombre “*The good brother*” y nos organizamos para que siempre alguno, además de mi madre, pudiéramos estar junto a Rosa y Chema. Jaime (hermano número 14), su mujer Cris y mi madre, salen de inmediato. Belén (número 5), lunes y martes. Pablo (número 6) y Nacho (número 10), martes y miércoles. Marga (número 4) miércoles, jueves. María (número 12) y su marido Roberto, jueves y viernes... A mí me tocó el sábado 4 y el domingo 5. Las noticias que van llegando a través del grupo son escasas y desconcertantes, pero cada vez con un tono más pesimista. Me entró miedo y pensé que a lo mejor cuando llegara el día 4 ya iba a estar inconsciente. Pensé en escribirle una carta larga para que Juampi o Pedro o Cuqui... se la leyieran despacio, al oído, en momentos de tranquilidad. Tenía muchas cosas en el corazón que necesariamente debía contarle. Pero no llegué a escribir esa carta. Quizá porque me parecía una falta de fe en su curación. O porque no era capaz de creerme que mi hermano se estaba muriendo (hacía quince meses que se había muerto mi hermana María Victoria; Dios no podía asentar otro golpe de este calibre a mi madre. No.) O quizás porque tenía claro que el Señor me iba a conceder un buen rato de conversación con él, a solas.

Llegamos a Barcelona en coche el viernes 3 por la noche. Fuimos directamente a casa de los Postigo Pich-Aguilera. Ahí estaban Rosa, algunos de sus hijos, mi madre y varios hermanos. En un aparte Rosa nos comenta a mi mujer y a mí el último parte médico, de esa tarde: “Chema se muere; le quedan días. Tiene el hígado, los pulmones... Probablemente le tengan que sedar pronto” Me tiemblan el corazón... y la fe. Rosa está serena.

Nos levantamos pronto el sábado; me urgía ver a mi hermano, darle un beso y decirle todo lo que tenía que decirle. Fui al hospital con Almudena y tres de mis hijos. Al entrar en la habitación –estaban Rosa, su hermana Teresa y su hijo Juampi– me acerqué decidido a la cama, con una sonrisa, pero él estaba totalmente dormido, muy delgado, con cuerpo y gesto de estar librando una de sus últimas batallas. Le cogí la mano y me derrumbé acompañado de un llanto de desconsuelo e impotencia. Tuve que salir de la habitación para coger fuerza –y lavarme la cara–.

Me quedé con él todo el día. Iba llegando gente; sus hijos controlaban que la habitación no estuviera cargada de personas; que no fuera agobiante, pues eran muchos los que querían saludar o despedirse de Josemaría. Se despertaba de vez en cuando; reconocía a algunos, para los que siempre tenía unas palabras. Me acuerdo cuando entró mi primo Pedro, de la edad de Chema. Le dije: “Chema, ha llegado tu querido primo Pedro” Levantó un poco la cabeza “el bueno de Perico”..., dijo.

No pude hablar con él. No pude despedirme como quería. Me quedé con un pesar tremendo. Me dio verdadera rabia no haber escrito la carta que tuve en mente. En el velatorio, haciendo oración me vino a la cabeza la idea clara de que no era tarde para escribir esa carta; es más, que era mejor ahora porque podría contarle muchas más cosas, hablarle

con corazón más abierto y pesar más descargado, pues ya estaba gozando de Dios; y además, encomendarle muchos de los asuntos que están todavía pendientes por aquí.

Creo que escribir esta carta en forma de libro es un deseo muy concreto de Chema, no porque le guste que hablemos de él – siempre ha “pasado” de esos temas– sino porque al hablar de él tenemos que hablar sí o sí de Dios, la familia y la amistad, que han sido sus tres pasiones. En agradecimiento por todo lo que ha hecho por mí y también –tengo que reconocerlo y decirlo– en desagravio por las veces que no he sabido estar a su lado cuando lo necesitaba, me he lanzado a cumplir con esta empresa.

Para que se pueda entender la Carta que escribo a Chema es necesario conocer detalles de su vida, y, por lo tanto, de la familia Postigo Gómez. Por eso hago un repaso por mis recuerdos que intento plasmar de la forma más certera posible; he añadido también anécdotas que me han ido comentando los hermanos. Pero que quede claro que no se trata –ni de lejos– de una biografía. No he hecho ninguna labor de investigación, ni he hablado con las muchas amistades de Chema, ni he pretendido profundizar en sus virtudes, pesares, pensamientos... aunque de todas estas cosas hablaré desde mi propia perspectiva. Ya hay quien está dedicándose concienzudamente a ese laborioso trabajo de investigación y seguro que nos hará un gran regalo a todos cuando nos entregue la obra final de la biografía de Chema.

2. CHEMA

“Uno sabe bien que su vida dará frutos, pero sin pretender saber cómo, ni dónde, ni cuándo. Tiene la seguridad de que no se pierde ninguno de los trabajos realizados con amor, no se pierde ninguna de sus preocupaciones sinceras por los demás, no se pierde ningún acto de amor a Dios, no se pierde ningún cansancio generoso, no se pierde ninguna dolorosa paciencia. Todo eso da vueltas por el mundo como una fuerza de vida... Quizá el Señor toma nuestra entrega para derramar bendiciones en otro lugar del mundo donde nosotros nunca iremos”. Papa Francisco, *Envangelii Gaudium*.

“Valemos, por tanto, con Cristo. El Señor se servirá de esta tensión santa para que muchas almas –que quizás no veamos– descubran y adquieran la dimensión sobrenatural de su caminar terreno, que deben elevar al cielo. Y, seguros de la misericordia de Dios, incorporaremos a nuestra oración, labrada en Cristo, la de aquellos que querían orar y no saben; la de los que atraviesan un momento de desesperanza; la de aquellos que no están convencidos de que la oración guarda una importancia real; la de los que desconocen el modo de orar porque nadie les ha enseñado”. D. Javier Echevarría, Getsemani.

El día 6 de marzo, lunes, a primera hora de la mañana, fallecía Chema. Estaba en su casa, en el piso de arriba, afeitándose, cuando sonó mi teléfono móvil. Lo atendió mi mujer. Era mi hermana Belén: Chema ya descansa en paz. Sentí un dolor interior muy agudo y me vinieron las lágrimas, incontenibles, a borbotones, como si fuera un vómito de llanto. No me lo podía creer. Dios no nos podía hacer esto. Y así se lo dije al Señor en ese momento, con fuerza y con rabia: “Dios mío, pero si es Chema; precisamente él no se puede morir... le necesitamos; es más, Tú le necesitas en la tierra...”.

Bajé a la planta principal. Tenía que dar la noticia a mi madre. La buena mujer todavía no se había repuesto de la muerte de su hija María Victoria, hacía quince meses. Se quedó paralizada; con paso lento se sentó en un butacón y vi cómo se hacía pequeña pues se quedó como encogidita; no tenía duda de que estaba en debate con Dios. Lágrimas finas y casi rítmicas le empezaron a bañar la cara. Hablaba muy bajito y no pude entender del todo bien: “otro hijo más... qué va a ser de esta familia... con lo bueno que era...”

Fuimos a misa de 10 los que en esos momentos estábamos en casa: ocho o nueve hijos de Chema, algunos hermanos, bastantes sobrinos, mi madre, mi mujer e hijos. Era la Iglesia de Sarriá, a la que acudía Chema a diario. Antes de que empezara la celebración entré en la sacristía para darle la noticia del fallecimiento al párroco emérito, Mosén Manel, con quien Josemaría tenía mucho trato. Se quedó muy impactado. Yo más, pues volví a llorar como un niño. Me abrazó e intentó consolarme. Ofreció la misa por mi hermano. Aun siendo misa de diario dio una breve homilía: “(...) he conocido multitud de personas a lo largo de mis cuarenta años de sacerdote; muchas de ellas eran buenas; algunas, muy buenas... Pero Chema era especial; su bondad, su en-

trega, su capacidad de querer, su preocupación por los demás... Creo que no he conocido una persona como él". En la consagración, teniendo a nuestro Señor elevado, lloró.

La noticia se extendió como un fuego de verano empujado por el viento. En cuestión de minutos las llamadas y los mensajes saturaron los teléfonos móviles de hermanos, mujer e hijos. Noticias en todo tipo de prensa, fundamentalmente digital, hablando del fallecimiento de un padre de familia con quince hijos, contando anécdotas y vivencias de la familia Postigo Pich-Aguilera.

El velatorio se instaló en la propia casa de la familia Postigo Pich. A partir de las 17h de ese mismo lunes empezaron a llegar multitud de personas. La logística se hizo imprescindible, y ahí estaban los hermanos de Rosa para que fluiera el tráfico. Cientos y cientos y cientos de hombres y mujeres, mayores y pequeños, querían despedirse de Chema. Se rezaba un rosario..., se cantaba un par de canciones..., un rato de silencio en oración..., alguien contaba alguna anécdota personal en voz alta... De nuevo un rosario, y más canciones... Rosa estaba muy serena, al igual que sus hijos, salvo Tomás. Mi madre y mis hermanos también. Para mí fue un shock verle ahí, en el féretro, pero enseguida sentí mucha paz: "Chema, tu lucha agotadora ya ha terminado. Te has ganado un cielo muy grande. Descansa y goza ahora junto al que tanto has amado en la tierra. Ayúdanos...".

En el pequeño jardín que hay en los bajos del edificio había numerosos grupos charlando; en todos se comentaban cosas hermosas de mi hermano; cada uno contaba sus anécdotas. Costó despejar la casa y el edificio por la noche. Al fin nos quedamos solos con Chema para poder rezar ante él. Digo solos, pero habría unas sesenta personas. Unos jóvenes sacaron sus guitarras y se lanzaron a cantar canciones de amor, de entrega, de renuncia, de piedad...; el clima

era indescriptible: lágrimas y sonrisas, pena y gozo, dolor y alegría, queja y agradecimiento, todo dirigido a Dios. Así pasamos una hora o dos, en oración profunda.

A primera hora del martes se celebró una Misa en el velatorio, solo para la familia. Tras la celebración de la Eucaristía la gente se fue a desayunar y tuve la oportunidad de estar a solas con Chema –me acompañaba mi mujer. Me puse de rodillas junto al féretro y le hablé a corazón abierto; dejé que saliera todo el dolor y la pena, incluso el malestar y la rabia. Le pedí también muchas cosas, seguro de su ayuda eficaz. Y le di gracias por todo lo que había hecho por la familia y por mí, por lo que había sido para su mujer, hijos, hermanos, amigos, conocidos... Enseguida llegó gente y tuve que recomponerme.

Y a partir de las diez, de nuevo ríos de personas, hasta la noche. El miércoles por la mañana nos despedimos definitivamente de Chema. Vino la funeraria para llevar el féretro a Santa María del Mar donde se celebraría el funeral a las 11h. La basílica es una verdadera maravilla del gótico, situada en el centro histórico de Barcelona, con capacidad para 4000 personas. La iglesia se fue llenando poco a poco, primero todos los bancos, luego los pasillos hasta que no cabía un alma.

Por problemas de permisos (no se puede circular por esa zona de la ciudad sin una autorización expresa del Ayuntamiento), el coche fúnebre llegó veinte minutos tarde. Durante la espera había un silencio muy llamativo, aun estando la basílica llena a reventar. Algunos aprovechaban para dar el pésame a mi madre. Entre ellos Santi, una persona de corazón muy grande que hace años decidió montar una casa de acogida para inmigrantes sin recursos. Chema le ayudó con la primera de las casas y colaboraba con él de forma asidua. Santi le dijo a mi madre que algunos de los inmigrantes que

residían en la casa de acogida –la mayoría de ellos no son creyentes- habían querido ir al funeral. Mi madre le pidió que se acercaran a la primera fila para saludarles a todos. Y así lo hicieron. Dieron un beso a mi madre; con palabras difícilmente inteligibles decían “¡Chema, en el cielo, en el cielo!” y con el dedo índice señalaban hacia arriba.

Llegó el coche fúnebre. Por la puerta principal se acercaba el féretro empujado a ambos lados por los hijos y al final, cerrando la comitiva, Rosa. Foto impresionante por lo que tiene de último adiós a un ser tan querido y tan necesario; por ver a esos dieciséis corazones que laten con un pesar inmenso, con un dolor interior desgarrador. Esa foto no puede recoger el silencio tan aplastante que reinaba en la basílica. Ni la mirada de los cuatro mil asistentes, fija en el cortejo fúnebre.

Tocamos el cielo. Sí. Tocamos el cielo en el funeral. Una paz indescriptible. Un gozo que te abría los poros del alma para gritar “vale la pena vivir por y para los demás”. La homilia de D. Ignacio Font, que me hubiera encantado transcribir, nos dejó con un maravilloso poso en el corazón; los cantos; las peticiones de los hijos en la oración de los fieles; el Sacrificio del Altar: todos juntos adorando a Dios; las palabras de Pedro, el hijo mayor, al acabar el funeral y que transcribo:

“Querida mamá, hermanos, familia, amigos y todos aquellos que tuvisteis la suerte de conocer a papá.

Desde la familia queremos agradecer todas las muestras de cariño, afecto y servicio que nos habéis mostrado. Agradeceros infinitamente vuestras oraciones y atención.

“Dios nos quiere tanto, tanto”...así fue como papá nos comunicó a sus hijos que tenía cáncer. Con estas palabras ya podíamos resumir cómo fue la vida de papá: una vida intensa en Dios vivida para los demás.